

El progresismo como autonomía del pensamiento y más allá

Entrevista a Eduardo Devés Valdés*

En una realidad que ha hecho del progresismo una apelación tan variada y hasta contradictoria, al punto que su ubicuidad amenaza con dejarnos estancados y aún más confundidos sobre su significado, ¿Consideras importante dar otra vuelta de tuerca a la idea de progresismo?

Es clave ocuparse del progresismo, pues la discusión sobre el futuro de las sociedades no puede quedar estancada en viejos modelos que corresponden a épocas anteriores y que se esclerosaron en gerontocráticas dictaduras que avergüenzan a quienes han luchado por la libertad, por la expresión y la autonomía. No hay duda de que en torno al progresismo se dan innumerables confusiones y distorsiones, pero no por ello se debe dejar que él se asocie a simples charlatanes, a gestualidades demagógicas, o a coyunturalismos vocingleros, que tientan a las personas con creencias mesiánicas. Porque muchas personas confunden progresismo con profesiones de fe: como si fuera más importante declararse amigo de los pueblos que mejorar su calidad de vida, como si fuera más importante convocar a manifestaciones públicas que mejorar los sistemas de participación democrática, como si fuera más importante invocar padres fundadores que mejorar la seguridad social, como si fuera mejor apenarse en el poder con nobles pretextos que empoderar a las mayorías, como si fuera mejor declararse partidarios de la libertad que practicarla.

A propósito de este llamado a una perspectiva más factual o menos mítica del progresismo que reflejan tus palabras, ¿hasta qué punto el progresismo se ubica en el terreno del discurso utópico, o debe tener en cuenta datos específicos de las sociedades?

Para no colocar las cosas en blanco o negro, prefiero ubicar el asunto en los siguientes términos: el progresismo debe tomar muy seriamente en cuenta indicadores duros como los niveles nutricionales, como la expectativa de vida, como la liberación de ciertas enfermedades. Hay sociedades que tienen mejores indicadores que otras y es progresista apuntar a unas y no a otras. Pero, a la vez, el progresismo debe tomar en cuenta indicadores menos duros o más subjetivos, como por ejemplo, los deseos de migrar que tengan las personas, aunque con la indicación de hacia dónde quieren ir. En un sentido más amplio, el progresismo debería apuntar a las sociedades hacia las cuales la gente quiere ir, o respecto de aquellas que las personas quieren huir.

Suponiendo que esta salida hacia una sociedad otra también podría entenderse como la reconstrucción de la propia sociedad en que se vive, ¿qué signos deberían privilegiarse desde tu noción de progresismo?

* Eduardo Devés Valdés, chileno, Doctor en filosofía, académico del Instituto de Estudios Avanzados, IDEA, Universidad de Santiago. Entrevistó: Manuel Loyola

Considero que el progresismo apuesta o debería apostar a factores como: dar más libertad que seguridad; priorizar más por la naturaleza que por el ordenamiento y la represión; favorecer más las múltiples expresiones de lo humano que la gestación de un sistema global donde la existencia y la historia alcanzarían su completitud; más a la gestión del desorden que a la aspiración ordenadora de inteligencias con pretensiones de omnisciencia; más a la multa que a la cárcel; más al amor y a la vida que a la salud; más a la libertad-responsabilidad que a la libertad-impunidad, más a la sociedad civil que al Estado; más hacia la realismo crítico de la paz-perpetua internacional que al realismo estrecho, cortoplacista y belicoso.

Pero estos signos que señalas ¿qué validez universal tendrían o, dicho de otra forma, habría un progresismo diferente para diferentes sociedades, según épocas históricas o diferencias geo-etno-culturales?

En un sentido no: el progresismo es para toda la especie humana y para todos los seres vivos en el universo. En un sentido sí: por una parte, porque el progresismo aparece en sociedades modernas y se ejerce en éstas y la propia noción progresismo no tiene sentido en cualquier sociedad posible; por otra parte, porque las reivindicaciones progresistas específicas adquieren mayor o menor sentido según lo que ocurra con cada sociedad; en tercer lugar, porque hay reivindicaciones progresistas más fundamentales y otras con menos vigencia, y donde no se hayan alcanzado las más básicas, son éstas las que deberán ser más reivindicadas, sin por ello suprimir o postergar las otras.

¿Hay elementos de esta idea de progresismo que hayan sido particularmente destacados en el pensamiento latinoamericano y a qué personajes relevaría con relación a ellos?

Teniendo en cuenta que el pensamiento latinoamericano no es un corpus completamente homogéneo ni mucho menos cerrado, en el sentido de clausurado, diré que sí. Y me refiero al ámbito de las ideas y no de las prácticas. En este sentido, podemos destacar algunos elementos, como son la autodeterminación de los pueblos contra poderes coloniales o imperiales; la liberación de los armamentos de exterminio masivo, particularmente los nucleares y la defensa de la pluralidad cultural.

Ahora, sobre algunas personas destacables -y en esto voy a sus ideas y no a si fueron consecuentes en su vida privada o pública- se deben mencionar los nombres de Alfonso García Robles, Fidel Castro, Francisco Bilbao, Frantz Fanon, Gabriela Mistral, José María de Hostos, José Martí, Manuel Ugarte, Paulo Freire, Simón Bolívar.

Eduardo, en una de tus últimas publicaciones *Cartas a la Intelectualidad*, realizas una crítica bastante profunda al rol y hábitos hasta ahora demostrados por la mayor parte de nuestra comunidad intelectual y política. Expones que la cultura académica de la región posee ribetes muy poco adecuados a los fines de pensar acertadamente América Latina y promover, en consecuencia, una actuación más certera respecto de los diversos problemas o desafíos que tal eficiencia demanda en el momento. Dado este panorama ¿De qué modo, a tú parecer, debería entenderse

la idea de progresismo de manera que ella no se haga mero lugar común o banalidad retórica?

El progresismo debe entenderse como una apuesta a la calidad contra la profesión de creencias de cualquier especie. La calidad tiene que ver con la argumentación. No hay calidad posible sin el principio de la argumentación como criterio supremo, como razón fundamental. Esto implica, a su vez, un cierto punto de partida que es necesario señalar de inmediato: el progresismo se afirma en la presunción –que comparto- de que los seres humanos son más buenos que malos, y que actúan más con buenas que con malas intenciones. Esto tiene que ver con cierto optimismo, con la presunción de que la existencia puede ser mejor, puede vivirse mejor y no sólo sobrevivirse o malvivirse, o que, para vivir en sociedad, deberíamos tolerar, estoicamente, altísimos grados de represión y opresión.

Pero no quisiera dejar la impresión de que el progresismo se identifica simplemente con ser “buenitos”, optimistas, confiar en la bondad de los seres humanos, reivindicar la libertad y la justicia y, sobre todo, practicar lo que se predica. Esta sería una visión en extremo pobre, beata o simplemente moralista. Ese progresismo ingenuo no sería capaz de hacerse cargo del problema del poder y los conflictos de intereses, como tampoco sería capaz de hacerse cargo de los problemas de comunicación y de las contrapuestas interpretaciones de los hechos y de los mensajes. Estas dos grandes condiciones - poder/intereses y comunicación/interpretaciones- ciertamente deben ser asumidas, pero no sólo normativamente, afirmando la necesidad de actuar con integridad, lo que ¡qué duda cabe! es decisivo, sino también deben enfrentarse mediante dos respuestas no menos contundentes, a saber, la que acoge el principio de *argumentación-democracia*, como principio que rige el sistema del conocimiento y de la existencia colectiva, y la que alude al principio de la *gestión o del manejo del desorden*. Estas dos claves trascienden la noción de un progresismo moralista y permiten, por otra parte, deslindarse del izquierdismo añejo que aún tiñe al progresismo.

Luego insistiré en que vincules estas apreciaciones con el panorama intelectual latinoamericano, aspecto por cual comencé preguntándote. Quisiera que ahondes en tus últimos dichos: la diferencia que estableces entre un izquierdismo de cuño anticuado y otro, que avisas como nuevo.

El izquierdismo de los 1960s -que es un paradigma y que para mucha gente continúa siendo el paradigma del progresismo-, debe ser rechazado porque, aunque contenía los criterios de la crítica y de la autoconciencia, terminaba negándolos al anteponer el principio de la fuerza y el fusil como el decisivo, y es por eso que se ha podido decir que Pinochet es la otra cara de Guevara. Es decir, argumentación y democracia conducían hacia y se resolvían en o por las armas, haciéndose militaristas más que civilistas. Y, por otra parte, ese izquierdismo apuntaba hacia la construcción de un orden definitivo y gestionado por un pequeño grupo de iluminados-buenos que debía conducir a los tontos-malos (y a las tontas-malas) hacia alguna parte. Es decir, pensaba el futuro como cerrado, y ello se ha mostrado tremendamente inconducente y poco amable para una parte muy importante de la gente que quiere pensar, decidir, ir y venir, aventurarse y disponer de su existencia, entre otras cosas. Por eso, el progresismo debe poner énfasis en la argumentación-democracia y en la capacidad para manejarse en situaciones

imprevistas, imprevisibles, es decir, en el reino del desorden, mucho más que la instalación de un orden planificacionista y cerrado, basado en alguna ortodoxia que supuestamente ya descubrió lo que los seres humanos quieren y necesitan.

De su parte, si el progresismo es una postura que emerge en sociedades del conocimiento y para sociedades del conocimiento, debe contener principios que, análogamente (no exactamente), puedan servir para la gestión del conocimiento y para la gestión de la existencia, principal no únicamente de la existencia en sociedad. Los principios de la argumentación y de la gestión del desorden se han mostrado más fecundos -quizás por ser más flexibles- que los modelos autoritarios y dogmáticos que, antiguamente, se llamaban medievales, y que tientan todavía a los conservadores-controladores y fanáticos de diversas creencias, siempre temerosos del pensamiento, de la libertad y del futuro que, para ellos, son amenazas para sus creencias esclerosadas. El progresismo del cual hablo, en cambio, los ve más bien como posibilidades. No es raro, en este sentido, el acercamiento entre cierto izquierdismo y el fundamentalismo ecológico o religioso que, aunque difieran en cosas puntuales, poseen el mismo patrón de sensibilidad y de concepción de la existencia: no al pensamiento libre, no a la argumentación, no a la democracia; y, por todo esto, no al futuro que “degrada y corrompe todo” (de ahí que aboguen por una cierta naturaleza incontaminada o la comunidad ancestral de los pueblos y sus creencias tradicionales), refugiándose en dogmas que les aseguran el “sentido de la existencia”.

El progresismo que postulo espera del futuro más bien cosas positivas, aunque no pueda (este progresismo) afirmarlo como algo natural ni necesario, en tanto que el conservadorismo teme al futuro, porque necesariamente degradará el orden tradicional. El progresismo tiene espontáneamente cierta confianza en que la razón será capaz de enfrentar desafíos y que logrará descubrir cosas nuevas que mejorarán la existencia; el conservadorismo, en cambio, piensa que hubo en el pasado hitos alcanzados por personas que, por alguna causa, lograron el cenit de lo humano, y que el futuro solamente traerá la degradación: sea de la fe tradicional, sea del marxismo, sea de la vida indígena y popular, sea de la naturaleza pura, sea de las ciudades históricas, de la cocina casera, de la vida de barrio, de la familia, de las antiguas costumbres sexuales y de los viajes en tren. Por eso, el progresismo, entendiéndose como propuesta libertaria, debe deslindarse del izquierdismo conservador-controlador y de todos los conservadorismos, siempre temerosos del futuro, de la libertad y del pensamiento. En los tiempos actuales es importante enfrentar al conservadorismo y particularmente el de la cursilería.

¿Cómo es esto del conservadorismo de la cursilería?

Muy simple Manuel. En momentos de alta movilidad social, y bienvenida sea por otra parte, puedes ver a numerosas personas accediendo al turismo, a los viajes, a los museos, a las visitas a monumentos, casonas o castillos. El conservador-cursi, en esos momentos, muy ingenuamente exclama que le encantaría volver al pasado, porque la vida en esa época era tan linda. Estos tradicionalistas-cursis, que son legión, se olvidan que en el pasado, cuyos restos asépticos contemplan arrobados, sus tatarabuelos eran siervos de la gleba o esclavos y no los señores que roncaban en tales mansiones. Pero esto que podría ser apenas un epifenómeno, revela algo más profundo: la movilidad

social genera también, por cierto no solamente, cursis y arribistas, que para este efecto se transforman en conservadores en varios sentidos.

Se me presenta una inquietud en torno a lo que señalabas un poco antes: no obstante sería propio del progresismo tomar distancia de posturas conservadoras-controladoras (sean estas de derecha o izquierda) ¿no crees que tanta “desacralización” cae en otro tipo de purismos que no se hace cargo de las consecuencias o externalidades desequilibrantes, por ejemplo, respecto de ciertos valores, tradiciones o daño medioambiental, que posiciones como las tuyas pueden arrojar? ¿A qué apelar para evitar imposiciones unilaterales? ¿Cómo conseguir la legitimidad pública y moral en un planteamiento progresista como el que sustentas?

Por cierto, un progresismo “oligarquizante” se focalizaría únicamente en un pensamiento libertario-autónomo por sobre las obras, cosa que no deja de recordar viejas polémicas sobre la salvación: fe versus obras. ¿Cómo entonces salvar esta disyuntiva, en este contexto? Un asunto clave es que en la sociedad del conocimiento, el propio conocimiento es la clave de todas las otras dimensiones, por eso se ha dicho que es aléptico, porque permite ver el conjunto del universo. Pero quiero ir más allá: la oposición que se ha planteado no ha sido entre conocimiento y práctica, sino entre autonomía y control.

No habría por qué suponer que los controladores son limpios, incontaminados, sin intereses, transparentes y otras cosas más. Y mucho menos suponer que los controladores serían mejores que los progresistas o que el normal de la ciudadanía. En todo caso, el punto no está en argumentar que no debería haber leyes sobre la protección del medioambiente, sobre la seguridad social o sobre el bienestar de la infancia, sino en que ello no debe confundirse con el afán de control por parte de un aparato dictatorial no controlado ni transparente.

Recordemos que sólo con un mejor pensamiento podremos elaborar un futuro mejor, podremos enfrentar mejor los imprevistos y ejercer la innovación. Debemos recordar incluso que las obras (las prácticas derivadas de objetivos) progresistas no se encuentran definidas para siempre. Que la democracia, la justicia, la libertad se van reformulando de acuerdo a como se va pensando más y más. La noción de democracia en el estado y en la casa, sería impensable durante el siglo XVIII, XIX e incluso durante buena parte del XX. Ello no debe servir sin embargo para escamotear el problema y olvidar que el sentido último del progresismo es formular propuestas y contribuir a que los seres humanos puedan vivir auto-sostenidamente mejor y ello empalma con la cuestión del pensamiento utópico.

Hablemos un poco de utopías y progresismo

Uno de los objetivos más importantes que debe afrontar el pensamiento progresista es facilitar la innovación, disminuyendo al mínimo la violencia: tanto la violencia (frecuente) ejercida contra los innovadores, como la violencia (menos frecuente) de los innovadores contra los retardatarios.

Una de las condiciones claves para que el objetivo señalado pueda cumplirse es la instalación de un marco global que sea suficientemente abierto (nuevamente: que sea pensado no tanto para ejercer control, como para gestionar un mundo complejo y desordenado) para tolerar sistemas diferentes en su interior, en particular la implementación de sistemas nuevos-innovadores. Más aún, tiene que ser un marco suficientemente abierto que tolere en su interior incluso sistemas recalcitrantes y cerrados.

La idea clave es que los innovadores libertarios puedan probar sus utopías, molestando lo menos posible a los conservadores. En otras palabras que el utópico, no necesite para innovar, obligar al recalcitrante a acompañarlo en su propuesta, cosa a la que el recalcitrante se resiste hasta la violencia. Por otra parte, el marco debe facilitar también que el innovador pueda equivocarse en su proyecto sin perjudicar sino a aquellos que lo acompañaban.

Crear una utopía es cambiar de sistema. Cambiar de sistema no significa únicamente luchar por modificar las condiciones económico-sociales o de existencia al interior de una sociedad sino que proceder a emigrar hacia una zona donde se viva más acorde a los deseos (no hablamos aquí de intereses o deberes o exigencias de la dignidad humana) o, más radicalmente, proponerse construir en algún lugar un sistema más acorde a esos deseos junto a quienes los compartan.

El mundo en que vivimos hoy es todavía suficientemente blando, flexible, maleable, para permitir la existencia de formas muy variadas y la coexistencia de éstas. Coexisten religiones bastante diversas y opuestas, coexisten costumbres alimenticias, vestuarios, métodos educativos opuestos. Hay formas económicas muy diversas. Hay incluso personas que continúan viviendo en el paleolítico.

El gran modelo histórico son los peregrinos del "May Flower", decididos a buscar un lugar donde vivir a su modo. Un ejemplo más actual: el emigrado político, el emigrado económico y el ecológico.

No me parece, sin embargo, que el mundo sea tan blando como para permitir que grupos de millones de personas, en territorios de millones de kilómetros cuadrados, pudieran proponerse volver al paleolítico y perseverar en ello por un tiempo más o menos largo como décadas o siglos.

Tu visión del quehacer utopizante es también contraria entonces a tu versión del sesentismo

Sin duda que los es, y en esto particularmente: mi propuesta es más libertaria de homogeneizadora y planificacionista. Y para referirme a ello quiero proponerte algunas ideas que apuntan no sólo a la letra sino también al espíritu de este quehacer utópico.

Es muy importante para los científicos sociales llevar a cabo una labor parecida a la de los biólogos, guardando las pertinentes distancias y diferencias. Los científicos sociales deben aislar los "genes" utópicos existentes en culturas antiguas o tradicionales o primitivas o en extinción. Estos genes podrán ser implantados en las culturas actuales para hacerlas resistentes a ciertas "enfermedades".

La aspiración utópica no se nutre sólo de las especulaciones de la razón o de los deseos del corazón, sino también de las pragmáticas experiencias exitosas de muchas sociedades actuales o pretéritas. Por ello es importante, a la vez que inventar proyectos utópicos, poder descubrirlos allí donde han funcionado, a veces silenciosamente.

Así como se practica una investigación de laboratorio, en que se funciona con un alto grado de teorización, hay otra de terreno que funciona más bien experimentalmente, con el principio de ensayo-error. Parecidamente lo utópico funciona doblemente: imaginando mundos mejores así como utilizando las experiencias exitosas de diversas sociedades, para volver a testarlas, extrayendo de éstas nuevas aplicaciones. Por esto, deben fomentarse las reservas de diferencia cultural.

Al desierto han llevado plantas de todo el mundo, empezando a cultivarlas en este nuevo medio, para determinar cuáles prosperan y cuáles no, y aquellas que lo hacen en qué condiciones prosperan más eficientemente. Guardando las distancias, las formas de existencia son como las plantas. La gran cantidad de culturas, regiones, países, cantones, territorios, islas, climas, sociedades, permite imaginar una variadísima aclimatación de experiencias utópicas pensadas o practicadas sólo, por ahora, en algunos lugares. Probablemente, experiencias o ideas re-trabajadas, hibridadas, mejoradas, abonadas, regadas, injertadas, den mucho de sí, incluso mejoren sus anteriores rendimientos.

Es clave, no obstante, para esto que se haga con criterio. No se transplanta una especie del bosque tropical a la Antártica así sin más, ya lo dijo Martí.

¿Qué distingue al progresismo del conservadorismo en su mirada del futuro?

El progresismo tiene una mirada más bien positiva del futuro, al que ve mucho más como promesa y posibilidad que como amenaza y decadencia. Ahora bien, aquí se trata del mediano plazo, no de las perspectivas económicas para el año próximo; también, se trata de un compromiso más que de una predicción, compromiso con la construcción de un futuro mejor. En estos sentidos, la mirada hacia el futuro mejor tiene el carácter de una suerte de profecía auto-cumplida.

El decadentismo y el apocaliptismo del conservadorismo, en cambio, son muestras del sentirse amenazados. Así como siempre los viejos piensan que los jóvenes de la actualidad son peores que cuando ellos lo eran, los conservadores asumen la decadencia y advierten signos de que, ahora sí, el mundo se ve realmente amenazado por innovaciones que van a destruirlo. Esto indica su profunda desconfianza de los seres humanos, de su criterio, buen sentido, capacidad reflexiva, etc. Asumiendo que únicamente los conservadores se percatan de los problemas y son los únicos preclaros que ven las amenazas que van hundiendo al mundo. Por eso anida en ellos permanentemente el autoritarismo, para evitar que los jóvenes despeñen al mundo.

No quisiera psicologizar el problema, pero la aproximación de la muerte, de los dolores y las enfermedades, contribuyen a que las personas sobre-maduras perciban el futuro como amenaza, como un tiempo ajeno que no logran entender ni tienen capacidad para manejar y, por tanto, su temor y su afán por conservar lo que queda del pasado o volver derechamente a éste, en la medida de lo posible: ese mundo conocido, simple, donde se nadaba con más facilidad. Uno de los lugares donde mejor se advierte esta posición es

en la concepción de la tecnología como amenaza: la tecnología “deteriora lo humano” y “destruye el mundo”.

Estas nuevas observaciones que has introducido importan diversas tareas de crítica y resignificación, especialmente para elites intelectuales y políticas de la región ¿Cómo podrían ser ellas pensadas “latinoamericanamente”?

Obviamente, la tarea no es fácil. Sin embargo, desde un punto de vista político, sugiero que deberían abordarse a lo menos los siguientes aspectos:

La Revolución Cubana Es clave que el pensamiento progresista continúe haciendo un *mea-culpa* respecto de la Revolución Cubana. El régimen cubano de la actualidad (entrevista realizada en 2009) es la mayor espina histórica para el progresismo latinoamericano. Por ello, es muy importante desmarcarse de esa experiencia. El progresismo de tiempos del Bicentenario es heredero del izquierdismo de los 1960s, pero lo es en ruptura y en rebelión.

Las dictaduras de derecha Pero ese *mea-culpa* acerca de la Revolución Cubana debe extenderse también, paradójicamente, hacia las dictaduras de derecha que, en buena medida, fueron consecuencia de una oleada revolucionaria irresponsable. Y el progresismo ha hecho y deberá continuar asumiendo esto, aunque conservadores y derechistas (que no son sinónimos siempre) no sean capaces de hacerlo, por sí mismos. El pensamiento conservador y aún menos el de la derecha reaccionaria o mezquina, no tiene el valor ni la generosidad para hacer *mea-culpas* de sus errores, asesinatos y traiciones.

La lucha por la no intervención Es muy importante, sin embargo, tener en cuenta que la Revolución Cubana y las dictaduras de derecha -caras de un mismo proceso sesentista- deben comprenderse en el marco de la Guerra Fría y de la manipulación que las grandes potencias hicieron de nuestros pequeños países, incapaces de mantener su centro, su equilibrio, su sistema de navegación, su autonomía en las tempestades de la época. De ahí que una de las más importantes reivindicaciones, sino la más, de los Estados o sociedades débiles, es la reivindicación de la autonomía y del derecho de autodeterminación.

La integración latinoamericana Uno de los corolarios de la tarea autonomista y contraria al intervencionismo es la lucha por la integración regional. Esta deberá aumentar -algo al menos- nuestros bajos niveles de autonomía, otorgándonos más solidez, haciéndonos menos vulnerables. Principalmente, por eso, la integración latinoamericana es una tarea progresista. No se crea sin embargo, que la integración de ALC nos haría una gran potencia, recordemos que toda la región pesa alrededor de un 4% del poder mundial. La integración sólo aumentará un poco nuestro peso. En todo caso, la autonomía es producto de la astucia y del sentido común, más que del poder. O si se quiere el cierto tipo de poder al menos, deriva de la astucia y del sentido común, más que de la fuerza.

Tolerancia La cuestión de la identidad remite, por otra parte, al tema de la tolerancia, una reivindicación histórica del progresismo y que en la actualidad, si por un lado es conceptualmente discutida con relación a las teorías de la multi e interculturalidad, por

otro, se hace particularmente vigente en muchas sociedades, aunque menos perentoriamente en A. Latina y El Caribe. No obstante, debe ser una tolerancia no fanática ni fundamentalista. La tolerancia debe ser capaz de otorgar espacios a la intolerancia, la tolerancia debe tener en cuenta las necesarias identidades que proporcionan sentido. La tolerancia se hace más fácil con el cosmopolitismo, pero no se debe pensar ingenuamente que podrá haber una tolerancia completa. Esto sería tremendamente ingenuo y completamente parcial, creyendo que todas las personas pueden abandonar fácilmente algunos valores, creencias, principios e identidades y creyendo que la propia tolerancia es la única tolerancia posible, sin darse cuenta de que otros pueblos toleran cosas que la modernidad no tolera, considerándolas criminales, y reprimen cosas, que consideran criminales, que la modernidad por su parte tolera.

De acuerdo a la caracterización que estableces en *Cartas a la Intelectualidad*, bien podríamos suponer que en la historia del último par de siglos de A. Latina y El Caribe ha existido "progresismo" pero no "progreso", ¿estarías de acuerdo con esta formulación?

No. Preferiría decirlo así: ha habido más progresismo que progreso. Con mayor dureza: Ha habido más retórica progresista que progresismo y más progresismo que progreso. Pero esto puede ser una perogrullada: ¿dónde no hay más deseos que logros? Para que deje de ser una obviedad, hay que agregar algo más, por ejemplo, que nuestro progresismo comúnmente se confunde con una serie de rasgos que son verdaderos círculos viciosos que llevan a su deformación. Así, podemos hallar un progresismo quijotesco o sin sentido de realidad, que se ocupa de enunciar los principios óptimos sin ocuparse de cómo podrían alcanzarse; otro, de tipo igualitarista y no equitativo, que enfatiza en el reparto por sobre la generación de la riqueza, que insiste en regalar el pescado y no en enseñar a pescarlo; también existe otro, que llamaría individualista, que supone que progresismo es desvincularse completamente de las estructuras institucionales y de poder. Existe, con mucha frecuencia, también un progresismo "de buen tono": ese que declara una posición progresista políticamente correcta, pero que no es consistente en sus prácticas, las que, a menudo, contravienen todos los principios. Está muy presente en profesionales del conocimiento o la política que practican el amiguismo, el caudillismo y el clientelismo por sobre el cultivo de la transparencia y la calidad que predicán. Por cierto, no son pocos a la vez quienes asumen un progresismo romántico y que valoran más recibir palos, cárcel o muerte, que construir agrupaciones, cooperativas, partidos, periódicos, leyes, escuelas. Para estos, valen más figuras como Bilbao, Martí, Sandino o Guevara, que Hostos, Recabarren, Vasconcelos, Amanda Labarca o Haya de la Torre, porque retóricamente sufrir vale más que hacer, porque la promesa vale más que la realidad, porque la palabra vale más que el hecho, porque decirse progresista vale más que mejorar los niveles de desarrollo humano de sus pueblos. Este progresismo se hace muchas veces militarista más que civilista. El progresismo romántico demasiadas veces se degrada en progresismo mentiroso, ese de la vocinglería, que declara principios y que no se ocupa de medir los resultados y sus consecuencias. Pero el progresismo no tiene su clave en las acciones, que son imprescindibles, sino en el pensamiento, en la capacidad de pensar con autonomía y de crear las condiciones para radicalizar esa autonomía.

La "cultura académica" regional, adolece, según tu descripción, de evidentes vicios que impiden que la intelectualidad caribeña y latinoamericana exprese un rol más decisivo en el avance o poder en el contexto mundial. Si bien podemos estar de acuerdo en tu crítica en cuanto a su exterioridad, no me resulta suficiente tu análisis sobre la internalidad que ha motivado los malos resultados. Pareciera que en una proporción determinante, los magros desempeños sólo radicarían en un cúmulo de deformaciones endógenas que poco o nada tendrían que ver con las estructuras de poder "ajenas" a la academia y su influencia para domesticar y desbaratar la producción de un conocimiento que, de ser poderoso, llevaría a alterar las condiciones de control o dominación (por estructuras ajenas no solo entiendo a las estatales y supranacionales, sino, a la vez, las cotidianas o cercanas: partidos políticos, fuerzas militares, religiosas, comunicacionales, etc.).

Los textos a que te refieres, en primer lugar las *Cartas a la Intelectualidad*, han sido escritos para el mundo intelectual, apuntando a realzar los aspectos explicativos internos y, más particularmente, las proposiciones para que l@s profesionales del conocimiento asuman su responsabilidad. Es por ello que hay una acentuación en los elementos internos. No pretendo que exista autonomía en el sentido de separación, sino más bien que debemos, al menos en un sentido, actuar como si la hubiera o, más bien, suponiendo que los demás agentes poco y nada van a hacer y, por tanto, que si no lo asumen l@s profesionales del conocimiento mism@s, no puede esperarse que otros gremios o sectores lo hagan.

Las explicaciones externalistas no son necesariamente falsas, pero conducen a un cierto inmovilismo. Nada ilustra mejor esto que la cultura intelectual y política latinoamericana: nuestros intelectuales y políticos denuncian, manifiestan, critican, descalifican, además de muchas otras expresiones verbales, y todo sigue igual, aunque, claro es, esta intelectualidad y la clase política se dan por satisfechas, pues han denunciado la situación. La óptica de mis escritos no apunta, principalmente, a explicar la situación, sino a mostrar un camino posible para un cambio de comportamiento entre l@s profesionales del conocimiento. Así deben ser leídos.

Tu opinión pretende apostar por una cierta "autonomía del saber". Aún si dicha autonomía pudiese darse, tarde o temprano este saber tendría que vérselas con los mecanismos "ajenos" de control y poder, con mayor razón si éste se plantea como crítico y propositivo. ¿De qué modo este conocimiento tendría que enfrentar sus relaciones con la política? ¿Abriría esto a la posibilidad de nueva fundamentación de lo político por parte del saber? ¿Podría ser esta nueva fundamentación parte de un renovado "progresismo"?

Para el progresismo, es clave la relación con el conocimiento. En sentido estricto, no hay progresismo fuera de las sociedades del conocimiento ni de la modernidad. Ahora bien, ¿Qué significa progresismo? En mi opinión, es por sobre todo una actitud, es decir, estar abierto al pensamiento, a las nuevas ideas, a la crítica, a la innovación, a la invención, al futuro, a la exploración de nuevas posibilidades. El progresismo no es sólo una cuestión intelectual, pero la noción misma de progresismo contiene una actitud intelectual básica. Corresponde a sociedades donde el conocimiento tiene mucha importancia. Por cierto, pudo haber cromañones mas dispuestos a pensar o a inventar y

otros más renuentes, pero, en sentido propio, no podríamos hablar de cromañones progresistas.

El progresismo, a la luz de los valores modernos es, en muchos sentidos, autonomía, particularmente en la necesidad de los seres humanos de asumir las decisiones sobre su futuro como individualidades y colectividades, en el sentido de lo doméstico o lo público. Y esto, indudablemente, podría propiciar renovadas formas de articulación o de relaciones entre el conocimiento y la política, la cual, en sí misma, también debería ser manifestación del conocimiento. En un sentido amplio –ya que el progresismo no puede pensarse sólo como algo del ámbito de la política o del derecho, aunque por cierto está allí, progresismo también es o debería ser mejorar los niveles de desarrollo humano, facilitar la autonomía de las personas, contribuir a la desaparición de las discriminaciones, facilitar la libertad de circulación de personas, información y bienes, mejorar los niveles de igualdad, poniendo énfasis en aquellos que son básicos y tienen que ver con la equidad más que con el igualitarismo, además que son un medio para la obtención de otros ligados al acceso de los instrumentos para el conocimiento y la información. También progresismo es contribuir a que las personas puedan elegir cotidianamente su destino; apostar al derecho a la pluralidad, donde puedan explorarse nuevas formas de convivencia, de producción, de trabajo, de placer, de organización social; facilitar que todas las personas puedan estar en condiciones de desarrollarse como tales y no bloqueadas por circunstancias de cualquier especie, sean de género, etnia, edad, creencias o preferencias, procedencias geográficas, etc.; afirmar los derechos humanos, particularmente los que se dirigen a permitir por sobre los que se dirigen a garantizar; finalmente, de igual modo lo es apoyar la autodeterminación de los pueblos, democracia *ad-intra* y la soberanía *ad-extra*

Estos fines o propósitos progresistas que, en general, podrían ser suscritos por muchas personas, requieren mecanismos o condiciones que conecten las aspiraciones con la actuación concreta de los individuos y las colectividades Desde tu óptica, ¿qué requisitos deberían cumplirse para que la comunidad científica e intelectual realice una praxis progresista en los marcos de exigencias sociales y culturales de hoy?

Como he tratado de dejar en claro, un supuesto básico es que exista un ambiente favorable al pensamiento libre, como un ambiente donde se verifiquen las posibilidades para pensar y actuar con libertad, para los profesionales del conocimiento y para todo ser humano. Más precisamente, este ambiente requeriría la consecución de ciertas bases generales. Al respecto, hablo, por ejemplo, de **condiciones epistémicas** que tengan a la evidencia, a la argumentación y a la discusión como los criterios insustituibles del quehacer intelectual, eliminándose la existencia de sectores privilegiados que, por cualquier tipo de razones, se arrojan la facultad exclusiva para administrar el saber, muchas veces bloqueándolo o sencillamente impidiéndolo. Deben darse también **condiciones institucionales** o una organización institucional sustentada sobre la base del intercambio académico, de la crítica, de la evaluación, con financiamientos independientes y variados; y **condiciones legales**, esto es, que se cuente con las garantías constitucionales, jurídicas, políticas y otras que permitan el desenvolvimiento del pensar (esto se verá favorecido en el marco de condiciones económico-sociales más

igualitarias), uno de cuyos elementos más sintomáticos es la libertad de expresión, tanto a nivel micro y macro.

¿Querrías agregar todavía al más?

Sí. Pienso que es importante referirse al progresismo como anti-armamentismo. La tarea de la paz, es permanente e irrenunciable para el progresismo. Ahora bien, no se trata únicamente de evitar la guerra, se trata igualmente de luchar porque los recursos, particularmente los magros recursos de los estados pobres, no se dilapiden en armamentos. Esto se hace todavía más grave cuando la industria y el comercio de las armas están, particularmente marcados por la corrupción y la falta de transparencia. Las medidas de confianza mutua entre los estados y el fortalecimiento de la democracia y la transparencia institucional al interior deben pensarse también como precauciones y remedios contra el militarismo y el armamentismo.

La posición del “realismo” internacional, que hace creer que los estados están permanentemente amenazados por fuerzas armadas extranjeras y sobre todo de los países vecinos es una falacia que favorece a quienes quieren ordeñar al estado para sus juegos de guerra o para sacar prebendas del comercio de armamentos. El ejemplo dado al mundo por América Latina y el Caribe, casi el único que hemos dado, es demostrar que es posible una existencia prácticamente sin guerras internacionales desde hace más de cien años y que por ello debemos invertir nuestros recursos en el bienestar de largo plazo de nuestros pueblos y no dilapidarlos en armamentos. En las últimas décadas, Chile ha hecho en este plano algunos papelones.